

## INCITACION

Empieza a tomar forma la joven narrativa guatemalteca. Sus pregones se revelan promisorios. Visión desencantada de lo circundante —para quien sabe leer entre líneas—, germinada por la pesadumbre, aunque a veces la vele la carcajada. Oficio duro y riguroso para quien transita en un lugar plagado de desconfianza.

¿Quiénes son los jóvenes que aparecen en este muestrario? Conforman una especie de antología de la antología —eso explica la omisión de Arturo Arias y Mario Roberto Morales, entre otros—, porque se circunscribe al filón de la narrativa breve de una cooperativa de escritores: RIN-78. Se registra de esta manera la voluntad inflexible de realizar su tarea “a pesar de”.

Brotos de una pequeña burguesía posterior al movimiento democrático del 44, un primer acercamiento nos indica que todos poseen un nivel académico universitario: algunos han permanecido en las aulas como docentes. También a diferencia de la generación de escritores que les precede —Arango, Arce, Castillo, Obregón— no han vertido su creatividad en la poesía, sino que han preferido los códigos narrativos. Tal vez la sobredosis de violencia los hace sentir urgidos de emplear la inmediatez de la prosa.

La búsqueda de una comunicación más directa no los ha empujado a utilizar un desafortunado lenguaje plano, sino que a través de su contacto con los clásicos y contemporáneos, su discurso narrativo refleja libertad e imaginación flexibles en lo experimental, pero decididos a evitar escrupulosamente cualquier elucubración superflua. Influencias las tienen. De repente se filtra un registro borgeano; en otros creemos descubrir el perfil de Cortázar; cierta ironía diminuta y filuda nos recuerda a Monterroso; Miller parece insinuarse. Y así, tantos. Aun los más lejanos. Lo interesante residirá en observar la reelaboración que los conduzca paso a paso a plasmar

su propio relieve.

Estos relatos breves han abandonado casi definitivamente el agro para enraizarse en la pequeña urbe que va surgiendo caótica con sus problemas insignificantes y enormes al mismo tiempo. Todavía en algunos persisten rastros del despertar precipitado de la adolescencia. Otros pintan un universo alucinante que raya en lo expresionista. Y si algunos nos parecen desligados es a causa de no encontrar un lugar para su cuerpo, pero sobre todo para su mano.

Son jóvenes y por eso, afortunadamente, son irreverentes. De la manera más seria y consciente. Quien los conoce sabrá que entre ellos ha casi desaparecido aquel patético divismo separatista. Que poseen un sentido muy lúcido y honesto de su oficio, pero sin perder en ningún momento lo que sella la obra artística de cada uno: un sano e indispensable individualismo, lo que fructifica en una pluriformidad de estilos, alejada de una corriente calculada y calculadora, propia de las concesiones gratuitas y carentes de imaginación.

Su quehacer literario no los ha desvinculado de su compromiso político. Bastaría leer los ensayos de algunos de ellos para comprobarlo. Aun en los conflictos más íntimos, percibimos la huella incisiva de un condicionamiento equivocado. No han, pues, a su manera, rehuido su momento histórico, sino que, por el contrario, dejan testimonios sobrecogedores de él.

Da sus primeros pasos nuevamente una literatura guatemalteca hecha en Guatemala. La obra de estos jóvenes narradores podría ya anticipar la presencia de nuestro país en el rico torrente innovador que señala a la literatura hispanoamericana contemporánea. Para el lector, el balance de este inventario permanece abierto.

Lucrecia Méndez de Penedo